

La influencia de la educación antigua en la educación actual: el ideal de Paideia

José Luis González Geraldo

Joseluis.ggeraldo@uclm.es

Universidad de Castilla-La Mancha

Facultad de Ciencias de la Educación y Humanidades

Resumen

La sociedad de nuestro tiempo se encuentra en constante cambio. Un cambio cada vez más acelerado y difícil de controlar en el que la educación ya no está a la cabeza del mismo, sino que depende de las evoluciones y dinámicas políticas y, sobre todo, económicas. El cambio educativo que estamos viviendo en estos momentos, el denominado Proceso de Bolonia es una clara prueba de ello, y se origina después de que la iniciativa de unión europea comenzada por Robert Schuman en la segunda mitad del siglo pasado, se haya visto reforzada por la convergencia económica que tiene al Euro como elemento indispensable. Sea como fuere, el presente artículo pretende indagar en uno de los ideales antiguos más relevantes: el de Paideia, para observar cómo éstos condicionaban la educación antigua y poder compararla con la educación actual, especialmente la educación superior. Una educación integral que no sólo se centra en el conocimiento, sino también en la calidad humana de las propias personas.

Palabras Clave

Historia de la Educación; Educación; Paideia; enseñanza-aprendizaje.

Introducción:

A lo largo de la historia, todo pueblo que alcanza un mínimo de desarrollo ha dedicado, aún inconscientemente, parte de sus esfuerzos a que los conocimientos y valores que consideraron como válidos se conservaran y transmitieran de generación en generación, creando una impronta de la sociedad en el individuo. Es decir, desde que el ser humano creyó en su esencia social ha creído en la educación.

Remontarnos al 35.000 a.C. sería irnos al comienzo de todo, a los tiempos donde el *homo sapiens* empezó a fabricar instrumentos y a usarlos cada vez mejor; al propio origen del tiempo o, mejor dicho, al origen del tiempo entendido tal y como el hombre lo construyó (Viñao, 2002).

Sería entonces cuando podríamos identificar lo que algunos han considerado el nacimiento de la cultura (Bowen, 1992). Una simple palabra: cultura, que quizá responde a un concepto abismalmente más elaborado. Incluso civilizaciones tan grandes como la mesopotámica y la egipcia no son para muchos merecedoras de poder usar la palabra cultura tal y como la entendemos actualmente y, para comprenderlo y poder acotar nuestro debate, tomaremos como punto de partida la cuna de nuestra sociedad actual: la Grecia antigua.

Los orígenes de la educación de nuestro siglo: el ideal de Paideia

Aquí será, sin duda, donde encontraremos un salto histórico cualitativo y los cimientos de nuestra cultura tal y como la entendemos hoy en día. Puntalicemos estas últimas tres palabras. La realidad de nuestro tiempo: social, política, económica... y, por supuesto, educativa, está socio-históricamente condicionada, es decir, lo que hoy consideramos como aceptable para nuestra sociedad, seguramente no lo será tanto tras varias décadas y, es más, no lo es ya para otros países con otras formas de entender la educación: para ello sólo tenemos que pensar en cómo se educa en una madraza y compararlo con nuestro sistema escolar.

Habiendo dicho esto, nos gustaría centrar nuestro estudio en el *qué* se enseñaba y también discutiremos el *por qué*, pero prestando especial atención en el *cómo* y en el *quién*, para relacionarlo con la actualidad; nos interesa ver la manera en que los alumnos aprendieron y los profesores enseñaron, el papel que jugaron unos y otros a lo largo de la historia de la educación. Así, respondiendo a cada una de estas preguntas conoceremos un

poco más el pasado, entenderemos mejor el presente y, quizá, podremos elegir nuestro futuro.

Muy lejos queda la figura del primer pedagogo (1) que, normalmente era un esclavo de la familia elegido por la confianza depositada en él o por su incapacidad de realizar otras tareas más productivas y, aunque en muchas ocasiones era considerado como parte de la familia, sus funciones se reducían, entre otras pocas, a acompañar al niño de casa a la escuela y viceversa, llevarle el material, comprobar que se comportara en público como era debido, con buenas maneras y honestidad, que llevara sus ropas con gracia y que estuviera siempre en silencio en presencia de sus mayores. Es decir, el pedagogo de entonces era una mezcla de varias profesiones pues tenía que curar, limpiar, vigilar y, quizá la más importante dentro del incipiente Espacio Europeo de Educación Superior (EEES), guiar, entre otras.

La enseñanza propiamente dicha, en las escuelas públicas proporcionadas por el estado, corría a cargo del maestro que posteriormente tomaría el nombre de *didáskalos*, y la metodología utilizada era bastante tediosa y memorística, utilizando como textos de apoyo aquellos que reforzaban por su contenido la moral de alumno. En el aula no todo se enseñaba a todos, la educación física y la música, pares esenciales del futuro ciudadano, estaban reservadas para las clases sociales más elevadas. Como vemos, para aquellos afortunados a los cuales estaba reservada todo tipo de educación, ésta sigue unos principios armónicos para lograr el equilibrio promulgado por la *kalokagathía* (2).

Relacionándolo con el modelo 3P de la enseñanza desarrollado por Biggs (Biggs, 1999, 2005; Biggs y Tang, 2007), uno de los modelos actuales más utilizados en educación, sobre todo en educación superior, podríamos llegar a la conclusión de que este tipo de docencia responde al primer nivel o teoría de enseñanza que, como veremos, es el menos elaborado de los tres posibles y donde el profesor reconoce la existencia de buenos y malos estudiantes, y su responsabilidad sólo concierne al conocimiento y exposición de contenidos.

El profesor es el experto en los conocimientos, el sabio del escenario, que expone la información que los estudiantes tienen que absorber y repetir con exactitud, según su capacidad, su motivación e, incluso, su carácter étnico.

(Biggs, 2005, p. 40-41)

La cita seleccionada concuerda en gran medida con la metodología utilizada en la antigua Grecia, y que todavía sigue utilizándose irreflexiva e indiscriminadamente en todo el mundo.

Será en el Siglo V a.C, más concretamente en su segunda mitad, donde encontramos la primera figura que podría ser calificada como profesionales de la educación, los sofistas. Al tildarlos de profesionales y teniendo en cuenta las diferencias sociales de la época, no es raro ver que su función no comprendía la formación de los ciudadanos de la polis, sino la formación de los que gobernarían a todos ellos, aristócratas de alta cuna a los cuales el simple hecho de su existencia merecía las mejores enseñanzas. Quizá sería algo parecido, si podemos utilizar este adjetivo, a los profesores de enseñanza superior actuales, mitad filósofos mitad retóricos, representantes de la cultura en general y sin una ciencia en particular. Cobraban por sus enseñanzas y se vendían de ciudad en ciudad con su oratoria como tarjeta de presentación y sus actuales alumnos como aval.

Posiblemente, uno de los más famosos sofistas fuera Protágoras, quién pensaba que el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son, en tanto que son, y de las que no son, en cuanto que no son, y defendía la inexistencia de una verdad absoluta y universal sino que son verdades como cada uno de nosotros percibe que son. Si relacionamos esta premisa con la actualidad, deberemos admitir que esa realidad subjetiva, hace que cada uno de nuestros alumnos desarrolle un acercamiento hacia el aprendizaje tan válido como el de cualquiera de sus compañeros y que los profesores, por tanto, puedan hacerlo igualmente en relación con la enseñanza aunque es cierto que, en este caso, el contexto queda relegado a un segundo plano cuando en realidad el papel que juega tiene mucho que decir.

El relativismo de Protágoras dio origen al discurso persuasivo, donde animaba a sus alumnos a defender las dos caras de un mismo argumento pues, en ausencia de una verdad objetiva, todos tienen igual valor y lo que es bueno para unos puede ser malo para otros. Este razonamiento fue duramente criticado por Platón y Aristóteles, pero sin intención de dar la razón a unos o a otros, hemos de admitir que la táctica por muchos conocida como *abogado del diablo*, es ampliamente utilizada para mejorar la empatía de nuestro alumnado.

Sócrates, quizá el más influyente filósofo griego y contemporáneo de los sofistas, fue en ocasiones considerado como uno más de ellos, pero lejos

de serlo y aún considerándose maestro de nadie, siempre fue un verdadero educador. Él nunca se dedicó a la política, no escribió nada, nunca cobró y simplemente se dedicó a filosofar y enseñar; creía en la comunicación, en la búsqueda conjunta del conocimiento por medio de la conversación y la duda. Como sus discípulos, también rechazó el relativismo de los sofistas creyendo posible llegar a la verdad absoluta, y aunque nunca demostró alcanzarla, nunca dejó de intentarlo. Su método, basado en la ironía y la mayéutica, requería la aceptación de nuestra ignorancia, de ahí su máxima "*sólo sé que no sé nada*" y nuestras ansias de la búsqueda de la verdad por medio de preguntas que iban de lo conocido a lo desconocido. En definitiva, era una plausible demostración del método inductivo que tan de moda está dentro del Aprendizaje Basado en Problemas y que, erróneamente, parece que debe sustituir por siempre a la desprestigiada, pero útil si se utiliza en su justa medida, clase magistral.

Fue su idealista discípulo y amigo Platón, quien opinó que el verdadero arte es gobernar y que la educación es la función principal de los gobernantes, por tanto, la educación puede ser considerada como el arte de las artes. Para él no cesarán las calamidades humanas mientras no gobiernen los verdaderos filósofos o se hagan filósofos los gobernantes por lo que, la distinción entre filósofos, educadores y gobernantes sería muy sutil.

Platón distingue dos tipos de niveles educativos, aquel que forma los hábitos y virtudes morales, basados en las facultades irracionales del hombre, y un segundo nivel donde encontramos las virtudes superiores que no son otras que justicia y sabiduría, asentadas en la facultad racional, siendo éste el más elevado nivel de educación.

Como bien sabemos por el conocido *mito de la caverna*, Platón distingue entre el mundo físico y el mundo de las ideas, siendo el primero una mera copia del segundo, donde encontramos la perfección. Según el mito, los hombres nos hallamos en una cueva, de espaldas a la entrada mirando unas sombras reflejadas en la pared. Las sombras son la copia que vemos en nuestro mundo y provienen de fuera de la caverna, el mundo de las ideas. La tarea del filósofo consiste en hacernos ver que existe el mundo de las ideas e incluso arrastrarnos, si hiciera falta, hasta la salida para contemplar y *re-conocer*, progresivamente, la contemplación de los seres puros en ese mundo de las ideas.

Y hemos escrito *re-conocer*, porque para él conocer consiste en evocar el recuerdo de algo. La educación consistiría en volver a pensar en las

verdades ya conocidas, pues todos tenemos un conocimiento genuino innato del mundo de las ideas. Por tanto, la tarea del educador-filósofo-gobernante sería ayudar al alumno a recordar cómo es la verdad de las cosas, proceso que algunos han llamado *la gran conversión*.

En este punto, sería oportuno relacionar este tipo de educación con los objetivos que pretende la actual educación superior, quien lejos de formar sólo profesionales capaces de aplicar de forma técnica sus conocimientos, pretende alcanzar la formación de ciudadanos íntegros no sólo capaces de reflexionar sobre su práctica profesional y mejorarla día a día, sino también capaces de ser críticos en todos los aspectos de su vida como persona antes que profesional.

El tratamiento que da a las pasiones y los humores al considerarlos como enemigos y obstáculos que nos alejan del mundo de las ideas, también puede ser relacionado con la inteligencia emocional, tan de moda a finales del siglo pasado, aunque para él, la mejor disciplina que nos puede llevar al mundo de las ideas es la matemática a través de la aritmética y la geometría. Tal era la importancia que daba a estas materias que en el frontispicio de la Academia, se podía leer: *nadie entre aquí que no sepa geometría*.

Al fundar la Academia, Platón creó una de las más importantes instituciones europeas de la época, y no sólo se enseñaba matemática sino todo tipo de disciplinas filosófico científicas como música, astronomía y física. Al igual que su maestro, Platón utilizaba el diálogo como método didáctico.

En nuestros días, y con los cambios que estamos viviendo, parece que el método expositivo está perdiendo credibilidad como instrumento docente ECTS (3), quizá pasar de un extremo donde era la única metodología utilizada, a otro donde ni siquiera nos planteemos utilizarla, no sea una buena idea. Como podemos aprender de los métodos utilizados por Sócrates y Platón, un diálogo bien estructurado puede ayudarnos en determinados momentos a aclarar conceptos, transmitir información, crear expectación, interés y motivación, y a un sinfín de objetivos que sólo un docente en particular en una situación concreta puede llegar a vislumbrar. Su uso indiscriminado es tan nefasto como el de cualquier otra metodología.

Uno de los mejores alumnos que Platón tuvo en la academia fue Aristóteles, que permaneció en la misma hasta la muerte del primero. El vínculo que los unía iba más allá que la pura relación entre maestro y discípulo, y aunque fueron amigos y compartieron ideales por algún tiempo, Aristóteles

acabó por tomar su propio camino y distanciarse cada vez más de los que terminó llamando: "los queridos filósofos", demostrando su todavía aprecio a sus mentores.

Aunque en un principio pudiera parecer un candidato excelente para la dirección de la Academia, ésta pasó a manos de Speusipo y posteriormente a Jenócrates y, tras algunos años, Aristóteles funda su propia escuela filosófica bajo el nombre del Liceo. En ella siguió la tradición de la Academia en la cual el maestro, en este caso Aristóteles, se reunía con sus alumnos para comer bajo un clima de amistad y familiaridad que, irónicamente, estaba regulado por escrito desde el principio. En el Liceo, una institución primordialmente científica, se trataban temas de filosofía, política y retórica, ésta última consagrada en virtud de la exactitud y la sencillez pues Aristóteles, a diferencia de Platón y Sócrates, renegaba cada vez más del diálogo y la poesía a favor de la claridad.

Éste último párrafo pudiera entenderse en nuestros días, como un intento de mejorar la transmisión de conocimientos para hacer más eficiente el tiempo dispuesto para la enseñanza, es decir, un acotamiento de la lección expositiva hasta convertirse en una lección magistral en su sentido más restrictivo.

La educación para Aristóteles, es un camino hacia la comprensión de la realidad. Y será el aprendizaje, mostrándonos los contenidos adquiridos, los que nos indiquen los grados de conocimiento conseguidos. El primer grado es la percepción sensorial, que es común en hombres y animales. El segundo, hace referencia a la memoria sólo común entre el hombre y algunos animales considerados como superiores. Es ahora cuando, a través de la experiencia, el hombre puede retener y/o evocar proporcionándonos una base sobre la cual construir conocimientos superiores. En tercer lugar, tenemos el conocimiento de lo general que, si no se queda en mera opinión o razonamiento, llega a ser considerado ciencia, pues es capaz de confirmar los conocimientos mediante demostraciones. La posesión de ese concepto de ciencia reside en la capacidad de poder enseñarla a otros. La educación es, por tanto, requisito *sine qua non* del conocimiento perfecto, arte de las artes de la que, como hemos leído, hablaba Platón, quien también dijo que no había ninguna demostración del poder de los que saben más que su capacidad de hacer a otros sabios.

Estas reflexiones tienen su importancia si se intentan adaptar al contexto de nuestra era. En primer lugar, podemos observar una similitud entre

la manera que Aristóteles tiene de dividir los grados de conocimiento y la terminología que solemos utilizar actualmente en torno al concepto de competencias, pues no es otro que demostrar que somos capaces de realizar con éxito una tarea que se espera de nosotros bajo unas condiciones determinadas. También seguimos usando la distinción que hace entre recuerdo (reconocimiento) y evocación (recuerdo), pues seguimos utilizándola constantemente cuando evaluamos a nuestros alumnos con un examen tipo test, una técnica cada vez más evaluada por su carácter supuestamente objetivo, y otras características que, en la mayoría de ocasiones, facilita la tarea docente y no el aprendizaje en sí. Por último, podemos observar una acérrima defensa del aprendizaje entre iguales, pues no existe mejor manera de demostrar lo aprendido que enseñándolo al que no sabe y, como vemos, para ellos es la máxima expresión de la sabiduría adquirida.

Aristóteles defendió la imitación como un principio básico del aprendizaje. En la misma línea que Platón, considera al mundo entero como una imitación de la verdadera esencia intelectual. De igual forma que promovía la capacidad de admiración como un primer paso hacia el conocimiento. El posteriormente denominado aprendizaje vicario promovido por Bandura, guarda bastantes similitudes con el aquí estudiado.

Según su doctrina, la formación del ser humano ha de pasar por tres factores de forma consecutiva. En primer lugar la naturaleza, luego el hábito, y por último la razón. Pues, según su pensamiento, es de necesidad ocuparse del cuerpo antes de pensar en el alma; y después del cuerpo es preciso pensar en el instinto, bien que, en definitiva, no se forma el instinto sino para servir a la inteligencia, ni se forma el cuerpo sino para servir al alma.

Por todo lo comentado hasta ahora, debemos de reconocer que tenemos muchas cosas que agradecer, y otras tantas que censurar (4), a los griegos y a su forma de enseñar, no es ningún secreto que incluso el todopoderoso imperio romano, que consideraba la estabilidad de las relaciones sociales y políticas como una de las bases de su cultura, ya tuvo en gran estima los valores educativos griegos, esa *Paideia* (5) que casi instintivamente nos sentimos atraídos a traducir como civilización, cultura, tradición, literatura e incluso educación, pero cuyo contenido real va mucho más allá que todos ellos juntos, y aunque "No es posible describir en breves palabras la posición revolucionaria y señera de Grecia en la historia de la educación humana" (Jaeger, 1971), deberemos enfocar nuestro estudio en algunos de sus elementos más representativos.

El ideal de ciudadano griego responde, salvando las diferencias y atendiendo a las clases más elevadas, a las premisas de una educación integral en todos los sentidos y a todos los niveles, arte, gimnasia, poesía, ética, oratoria, música, lógica, etc.

A través de la poesía de Hesíodo, se transmite de forma oral y es sólo entonces cuando se puede empezar de hablar de un ideal de cultura, propiamente dicha, con fines formativos conscientes. Para ellos, aprender del maestro propiamente dicho, del padre e incluso del pedagogo, eran tareas cualitativamente distintas pero todas conducían a la misma finalidad, la formación de *verdaderos hombres* (Jaeger, 1971), entendiendo por educación, la justificación última de la sociedad como conjunto y del individuo como singularidad. Es esa consideración que dieron al valor humano de cada persona, junto con su original concepto de la naturaleza y sus leyes, lo que hizo de los griegos unos educadores cualitativamente distintos de todos los anteriores.

Este antropocentrismo es la más antigua semilla de lo que, siguiendo la línea de pensamiento del Proceso de Convergencia Europea, y en un intento de aumentar el rango del concepto de paidocentrismo señalado posteriormente por Rousseau, hemos considerado a bien denominar, sin ánimo de acuñar término sino de sintetizar en una palabra este razonamiento, *discen-trismo* situando al alumno donde se merece, en el centro de nuestro proceso de aprendizaje-enseñanza (6). Y considerando que si el pueblo griego se podría denominar como antropoplástico en un sentido pigmaliónico, nuestro cambio de sistema educativo, debería buscar esa *discerplástica* reflexiva donde cada uno de nuestros alumnos, sea consciente de su papel como principal parte activa de su formación en todo momento y a lo largo de toda su vida.

Instrucción, adoctrinamiento, enseñanza, formación, educación, etc. Palabras que en muchas ocasiones suelen utilizarse como sinónimos pero cuyos significados difieren significativamente, encuentran su reflexión más profunda en los pensamientos del pueblo griego. Son ellos los primeros que entienden la formación como algo más que una mera instrucción, entendiendo que al hablar de educación se hace necesaria una reflexión que llegue hasta la misma esencia del concepto, todo ello sin olvidar su propia contextualización, siendo conscientes de que éstas debían ser traducidas en función de sus características de espacio y tiempo, que bien hubieran querido para ellos humanistas y eruditos trasnochados de nuestro tiempo, para quienes aquella *vita contemplativa* les sirvió de *raison d'être*. Por ello, de-

bemos de ser conscientes de que toda extrapolación que hagamos deberá tener siempre en cuenta que los ideales griegos, romanos, etc. no serían lo que fueron sin tener en cuenta el momento y lugar donde surgieron impulsando, cuando tuvieron su oportunidad, la evolución educativa que nos toca a nosotros seguir cambiando. Es decir, su determinación socio-histórica en general.

Es cierto que existen bastantes aspectos oscuros que están en la base de la educación griega, y que de ninguna manera podríamos calificar como plausibles. La gran diferencia de clases, y el ideal utópico del hombre superior al que debe aspirar la raza, son claros ejemplos que han llevado a la humanidad a cometer atrocidades que desgraciadamente pueden ser descritas con macabra precisión.

Esa elite intelectual no debe tener cabida en nuestra actual Sociedad del Conocimiento, en la que la democratización de la educación es uno de sus pilares básicos. Pero sería propio de atolondrados, sobre todo en tiempos de crisis, negar la todavía existencia de clases sociales y la penosa aseveración de que, si no cambia radicalmente nuestra condición humana, siempre las habrá. Aún así, este es el mejor de los alicientes para luchar día a día en contra de esta discriminación social y hacer del acceso universal a la educación superior una realidad, otro de los pilares del Proceso de Convergencia. Cuanto más lejos esté el horizonte, más ambiciosos serán nuestros objetivos pero no por ello serán menos plausibles nuestros pasos.

La selección más extremista de los futuros sujetos a educar la encontramos mucho antes en Esparta, donde todo niño nacido debía ser presentado ante una comisión de ancianos, quienes decidían si era lo suficientemente bello y físicamente capaz para poder ser aceptado entre los suyos. La suerte que corrían quienes no pasaban esta primera criba era ser arrojados a los Apotetas, depósitos de residuos. No es de extrañar que en la antigua Esparta, el ideal de educación se enfocara casi exclusivamente a aspectos militares y concernientes al honor. El trabajo de los padres en cuanto a educación se refiere, se reducía a una simple crianza del hijo hasta los siete años, que pasaba a ser pertenencia del Estado, quien se encargaba de su educación hasta su muerte.

Estos son sólo algunos de los ejemplos más relevantes que la antigua Grecia nos ofrece. No entraremos a comentar más autores relevantes, sirvan de ejemplo los expuestos, así como su relación con las corrientes metodológicas predominantes de nuestra época.

Notas:

(1) Del latín *pedagogus* 'ayo, preceptor', propiamente 'acompañante de niños'. Tomado del griego *paidagógos*, compuesto de *pâis*, *paidós*, 'niño', y *ágo* 'yo conduzco'. En este caso no haremos distinción entre pedagogía y andragogía, englobando ambas bajo el mismo nombre. La primera aparición del término se le atribuye a Heródoto en el Siglo V a.C.

(2) Integración de lo bello (*kalos*) con lo bueno (*agathon*).

(3) Hemos de señalar, que las denominadas metodologías ECTS (European Credit Transfer System), son un error terminológico que lejos de ayudar, confunden tanto a profesionales como a alumnos pues, en realidad, no podemos decir que una metodología es o no es ECTS ya que éstas, más que metodologías concretas, deberían ser una concepción del proceso de enseñanza-aprendizaje para convertirlo en un proceso de aprendizaje-enseñanza.

(4) Sirva de ejemplo: "*Acceptance of the teacher's thrusting penis between his thighs or in his anus is the fee which the pupil pays for good teaching...*" (Dover, 1978).

(5) Puede parecer irónico hablar de *Paideia* con este significado cuando no se le otorgó hasta el Siglo V, y por entonces no significaba más que "*crianza de los niños*", para algunos sería más adecuado hablar de la *areté*, eje de la educación, utilizado frecuentemente por Homero y que en su forma más genérica significa excelencia, perfección o virtud.

(6) Hasta ahora, siempre se ha hablado de proceso de enseñanza-aprendizaje. Siguiendo los principios metodológicos coherentes con el Proceso de Bolonia, creemos más conveniente hablar del proceso de aprendizaje-enseñanza. De ahí, también el término acuñado procedente de la raíz *discere*, que a su vez procede de *docere*, quien debe su existencia al término griego *dokeo* o *doxa* que significa pensamiento u opinión. Y que, como ya hemos visto, sirvió para denominar al maestro, *didáskalos*.

Referencias:

Biggs, J. (1999). *Teaching for Quality Learning at University*. Buckingham: SRHE and Open University Press.

Biggs, J. (2005). *Calidad del Aprendizaje Universitario*. Madrid: Narcea.

Biggs, J. y Tang, C. (2007). *Teaching for Quality Learning at University*. Buckingham: SRHE and Open University Press

Bowen, J. (1992). *Historia de la educación occidental. La civilización de Europa*. Barcelona: Herder.

Dover, K. (1978). *Greek homosexuality*. London: Gerald Duckworth and Co.

Jaeger, W. (1971). *Paideia. Los ideales de la cultura griega*. Madrid: Fondo de cultura económica.

Robinson, K. (2009). *The Element: How finding your passion changes everything*. New York: Penguin.

Shuell, T. J. (1986). "Cognitive conceptions of learning". *Review of Educational Research*, 56, 411-436.

Tyler, R. W. (1949). *Basic principles of curriculum and instruction*. Chicago: The University of Chicago Press.

Veiga, A. y Amaral, A. (2009). Survey on the implementation of the Bologna process in Portugal. *Higher Education*, 57-69.

Viñao, A. (2002). "La historia de la educación en el siglo XX. Una mirada desde España". *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 7(15), 223-256.

SOCIEDAD DE LA INFORMACION

www.sociedadelainformacion.com

Edita:



Director: José Ángel Ruiz Felipe

Jefe de publicaciones: Antero Soria Luján

D.L.: AB 293-2001

ISSN: 1578-326x